

EL CENTENARIO DE CHICLAYO

La efemérides

La efemérides que ha de celebrar Chiclayo el 15 de abril que viene no se enlazó a ningún recuerdo notable de la vida aborigen, a ningún fasto español del tiempo en que la Península dominó la América, ni al hecho más culminante siquiera de su propia historia, que tuvo desde el suceso que se conmemora, o sea, el de su elevación a ciudad de la categoría de simple villa, desenvolvimiento más amplio e importante.

No perteneció Chiclayo a las urbes indígenas que Pizarro y sus compañeros encontraron al emprender la Conquista. Atravesaron éstos desde Piura los llamados "pueblos del norte" de la septentrional provincia de Lambayeque, y luego, antes de llegar a Saña y a Cherrepe para internarse en la Sierra, descansaron unos días en el fértil valle de Cinto; pero Cinto, una simple parcialidad de indios gobernada por obscuro cacique y uno de los componentes demográficos que había de constituir la ciudad cuya fiesta celebramos tenía su asiento a mucha distancia y ni aún llevaba el nombre de ella. Mayor relieve poseyeron seguramente, Olmos (Copis), Motupe, Jayanca y Lambayeque, pueblos establecidos ya, aunque de pequeña importancia, y no comparables, por supuesto, con Cajamarca en pos de la cual iban los hispanos en busca del Inca.

No se contó tampoco Chiclayo en el número de las fundaciones españolas. No se edificó como Lima en el sitio en que el cacique de este nombre tuvo su morada, ni como Trujillo, cerca de la gran ciudad de Chanchan que los Incas en sus conquistas habían convertido en una tumba, ni como Saña, la rival, cerca de Coíque, el señorío tributario del Gran Chimú que los príncipes quechuas también exterminaron.

La primera vez que Chiclayo se deja notar es en la relación de la segunda visita pastoral del Santo Arzobispo de Lima Toribio Alfonso de Mogrovejo, donde se menciona el pueblo de San Francisco de Chiclayo con 770 indios tributarios, contados en su número los reducidos de S. Miguel y los del pueblo de Eten. Era Chiclayo un indio prestigioso, adicto a los frailes franciscanos que edificaron en lo que hoy es la ciudad una iglesia y su convento. Lo atrajeron los religiosos para que estableciera ahí un caserío, y este caserío que tomó su apelativo se convirtió en pueblo. Compusieron éste los indígenas de las parcialidades de Cinto y de Coíque, a la última de las cuales parece que perteneció el fundador del primer poblado.

Los humildes hijos del Seráfico Apóstol, los sencillos agricultores de raza yunga que se agruparon alrededor suyo y después los extraños que se fueron agregando, porque las tierras eran fértiles y estaban bien defendidas: he ahí, pues, el origen de la futura ciudad. Hace poco más de treinta años, avvicinado en ella, conocí a Pablo Mil, un indígena de pies descalzos y de cabellos hirsutos que servía de campanero y deregonero. De tiempo en tiempo, precedida del batir monótono y del redoble breve de una caja o tamboril indio, su estentórea voz prolongada como un alarido a lo largo de las calles se dejaba oír para convocar a las parcialidades ya nombradas y a la "parte forastera" a la limpia de los cauces de riego. La tradición ceremonial recordaba así, constantemente, al vecindario su principio y su índole.

Por eso es que Chiclayo no cuenta con monumentos antiguos, ni con escudo de armas, ni con divisa colonial; es hija de la República y el distintivo que ostenta de Ciudad Heroica se lo adjudicó el gallardo General Salaverry por su civismo probado en la guerra de la independencia y por la adhesión que prestó a su causa que representó ese ideal, al tiempo de elevarla a aquella categoría urbana el 15 de abril de 1835 y en capital de la nueva provincia de su nombre el 18 de abril del mismo año.

El auge posterior de la ciudad fué obra de su esfuerzo y de su buena fortuna.

No hay duda de que la ciudad por antonomasia del actual departamento de Lambayeque fué Saña. No se trata, por supuesto, del pueblo de este mismo nombre formado a expensas de los residuos que esa importante urbe dejó y que hoy languidece haciendo confituras de dátiles y prestando su brazo al fundo de Cayaltí, que lo rodea, sino de la fundación española—otra Itálica—cuyas ruinas sobrecogen al viajero en su paso. Ciudad magestuosa, con cuatro grandes templos y conventos cuyas cortinas murales luchan todavía con la maleza y el bosque que recuperan el derecho que la naturaleza les dió; ciudad con Cabildo, Alférez Real, Justicia Mayor, Veedor y cuanto tren de autoridades civiles y militares empleaban los españoles en sus poblaciones de primera categoría, y de gran comercio por mar y tierra, hasta Panamá donde exportaba su harina, su arroz, su maíz y otros productos, y hasta Lima a la que enviaba sus cueros sus jabones y su azúcar, duró, empero, apenas siglo y medio. Bastó una noche de inundación, después de amenazantes días de copiosa lluvia, para devastarla tan completamente que murió para siempre. Célebre es la escritura extendida por el Notario de Su Magestad don Antonio de Rivera “para constancia y ejemplo” en el cerrito de La Horca al que los vecinos acudieron para salvarse. Ahí cuenta como el manso río que se arrastra indolentemente dentro de su caja de tierra blanda y suelta, salió de madre el 15 de marzo de 1720, entre cuatro y cinco de la mañana, arrasando todo el poblado, pues que lo derribó desde los cimientos, con sólo excepción de los sólidos templos. “Juro a Dios y a esta cruz —dice—debajo de la solemnidad dispuesta por el derecho, que siendo hijo de la tierra y vecino con casa en ella, puesto y parado en la plaza y discurriendo en todo con lo que fué fabricado, no pude distinguir con certividad, cuál fué la casa de Pedro ni la de Juan, vecinos, ni dónde estuvieron fundadas las dos tiendas en que se guardaban los papeles y archivos de Cabildo y Ayuntamiento y la en que vivía don Tomás Andrade, Factor, Juez Oficial Real, las cuales estaban fabricadas en la traza de dicha plaza etc.” Todo era desemejanza. El agua había corrido por espacio de una hora sobre toda la población con dos

y media varas de profundidad, según la medida que tomó en tres partes de ella aquel depositario de la fe pública, y el hecho fué tan inesperado e impresionó tanto, que él mismo concluye expresando la opinión de deberse a un decreto del Cielo.

No es de extrañar, pues, que los moradores de la infortunada Saña la desampararan, arruinados y medrosos, para distribirse entre Trujillo y Lambayeque, y que empezara entonces la hegemonía de esta segunda ciudad que los españoles habían fundado sobre la población indígena del mismo nombre estratificando sobre ella su cultura.

Lambayeque, a diferencia de Chiclayo, ostenta como otras ciudades del Perú un estilo colonial inconfundible. Tiempo hubo que su templo sirvió de Catedral al Obispado de Trujillo que trasladó ahí su sede. Floreció su actividad agrícola y ganadera y su comercio fué próspero. Fuerte corriente de negocios mantenía con Chile al que enviaba cueros, jabones, azúcar y hasta tabaco, y sirvió de cuna a familias patricias dotadas de nobles prendas y acendrado patriotismo. Tanto es así, que sus hijos mantuvieron comunicación constante con San Martín antes de su expedición libertadora y que, adelantándose a Trujillo, cabeza de la Intendencia a que pertenecía, proclamaron sin emancipación el 27 de diciembre de 1820.

Pero un triste sino se cernía también sobre tanta prosperidad y tanta gloria: el río, como en Saña, la amenazaba, y, repitiéndose inundaciones que ya habían sufrido en diversas épocas, experimentó una el año 1828 que quebrantó su poderío.

Y éste fué el punto de partida de la prosperidad de Chiclayo. Su proximidad a la población arruinada, apenas de doce kilómetros, su seguridad que no faltó nunca, y sus recursos, la hicieron preferible por un tiempo para el acantonamiento de las tropas y para el asiento de las autoridades. Y esta ventaja que le daban los hechos despertó la ambición de la colectividad. Sirvió para captarla y dirigirla un chiclayano vidente, el Coronel de milicias don José Leonardo Ortiz, gran amigo de Salaverry y su fiel partidario hasta el último día. Fué él quien consiguió la constitución de la provincia y el rango de ciudad para su tierra; pero hizo más: exhortó a sus paisanos,

con la voz y con el ejemplo para que intensificasen el trabajo agrícola, vaticinándoles un gran porvenir.

Y la historia le dió la razón. Declinaba, en efecto, Lambayeque al mismo tiempo que Chiclayo ganaba en suficiencia y prosperidad. La rivalidad, una rivalidad imposible sin el movimiento oscilatorio de balanza que tendía cuando menos a nivelar a las dos ciudades se dejó sentir muy pronto; ora se mostraba, p. ej., adoptando Chiclayo una bandera política—la de Castilla—contraria a la de Lambayeque, que simpatizaba con Vivanco en la revolución de 1856; ora en contiendas y hasta expediciones de guapos chiclayanos contra lambayecanos, y al contrario.

Hasta el año 1867, sin embargo, mantenía Lambayeque su primacía en el comercio. Miranda dice, en su Monografía General del Departamento de Lambayeque, que todavía por ese tiempo iban de Chiclayo a aquella ciudad en pos de compras. Pero muy pronto las cosas iban a cambiar; el vaticinio del Coronel Ortiz iba a cumplirse: Chiclayo estaba próxima a ser capital de un Departamento y una de las metrópolis norteñas de mayor importancia.

Chiclayo capital de Departamento

Tres hechos de trascendencia—la revolución de 1867 que llevó a Balta al poder, la inundación de 1871 que aruinó por última vez a Lambayeque y el establecimiento del Ferrocarril de Eten, concluyeron por conferir a nuestra historiada ciudad la primacía social y política.

Con fuertes arraigos contaba Balta en Chiclayo. Había desempeñado la Subprefectura, distinguiéndose por su actividad y por haber concordado con el alma popular extraordinariamente. Ejecutó en la acequia madre que alimenta su campiña un hábil y utilísimo trazo; se relacionó íntimamente con las familias lugareñas y hasta a la copla popular pasó, con elogio cariñoso, según se ve en el tondero que empezaba:

De los coroneles, ¿cuál es el mejor?

El Coronel Balta se lleva la flor.

Al rebelarse, pues, contra la dictadura de Prado, pasado el 2 de Mayo, fué secundado por Chiclayo con todo el afecto que el chiclayano brinda al amigo y con todo el calor que pone en sus obras. Y no fué sencilla la empresa. El Gobierno de Lima lanzó una división de dos mil hombres y nueve piezas de artillería contra la ciudad sublevada, y ésta resistió un asedio de veinticinco días; pero al cabo de ellos, en sus calles destrozadas por la metralla, coronó con el triunfo el ideal de su caudillo. Hasta hoy la célebre fecha—7 de enero—y el nombre de Balta son llevados por dos de sus calles para perpetuar el acontecimiento, que le valió a la ciudad, naturalmente, las preferencias del Poder. El vencedor no fué ingrato. Elegido Presidente Constitucional de la República, usó largueza en sus beneficios, y poco antes de terminar su administración lanzó por primera vez en un decreto ad referendum la idea de segregar las dos provincias, del Departamento de La Libertad a que pertenecían, dando a la nueva circunscripción el nombre de Lambayeque, pero designando a Chiclayo por capital.

Era lo justo. La inundación del 71 arriba indicada acababa de quebrantar para siempre a la antigua rival, cuyas familias principales emigraron hacia la afortunada vecina, y los empresarios del Ferrocarril de Eten no habían trepidado también al escogerla para que sirviera de centro a la red, con la cual la colocaron en situación preponderante, pues que dominaba las comunicaciones.

De esta suerte los hechos otra vez dieron a nuestra ciudad el puesto de comando y la primacía social y económica; la política, ideada por Balta, la confirmó después, bajo la presidencia de Pardo, la ley de 1.º de diciembre de 1874 que estableció en Chiclayo la capital de un nuevo departamento.

El Porvenir

Si hubiera de escogerse para celebrar una efemérides el hecho más importante de la vida de un pueblo, es obvio que Chiclayo habría podido aplazar por cuarenta años más su fies-

ta centenaria. Su elevación al rango de ciudad provincial el año 1835 no fué sino el principio de su fortuna; su éxito definitivo lo alcanzó en 1874 al independizarse la región del Departamento de La Libertad y al recibir a un mismo tiempo la investidura de metrópoli. Pero aquí cabe preguntar, ¿no tendrá que celebrar más rotundos triunfos al cabo de esos cuarenta años, presidiendo los destinos departamentales?

Tanta es y tan pujante, en efecto, la virtualidad que encierra el elemento hombre y el elemento tierra de esa pequeña, pero feliz sección de nuestra "costa baja", que los más atrevidos cálculos sobre su porvenir no corren el riesgo de ser exagerados.

Distínguese el hijo del departamento en general, y el chichayano especialmente, por una gran inquietud innovadora, y a la vez por un sentido práctico de las cosas tan notable, que le permite adaptarse a las circunstancias en que le toca actuar desempeñándose en ellas sobresalientemente. Más de una vez se les ha visto improvisarse en la vida pública como excelentes autoridades, hábiles políticos y estadistas de fuerte contextura. Son audaces en la empresa y valientes en la acción. Un día se sintieron oprimidos por el Ferrocarril y Muelle de Eten, y concertaron y ejecutaron un nuevo muelle y su vía férrea con sólo el aporte del capital privado de la circunscripción. Otra vez quisieron tener un Banco, y fundaron el Banco. Quisieron tener un Hospital Modelo, y el Hospital surgió del generoso donativo de sus filántropos. Cuando en 1910 el desacuerdo internacional con el Ecuador puso al país al borde de una guerra, en pocos días quedó listo el Regimiento N.º 11, integrado por la gente moza más distinguida del Departamento, y las damas de la ciudad lo vistieron en medio del más delirante patriotismo. Ya en la guerra de 1879 Santiago Luis González, joven propietario de Chiclayo, marchando a Arica, donde se presentó con su persona, su equipo y su dinero para sumarse a los defensores de la patria, hasta caer prisionero en el Morro Solar, fué todo un símbolo. En la guerra y en la paz. Yo asistí al Primer Congreso de Irrigación y Colonización del Norte en la ciudad de Lambayeque el año 1929 y quedé admirado

del interés de todos, muy connotadamente de los pequeños propietarios y conductores agrícolas por participar de sus actividades, asistiendo a las sesiones, discutiendo en las comisiones y tratando de secundar el plan que presuponia la gran obra, en la pequeña parte en que le tocó volverse práctica.

Reina, en general entre lambayecanos y chicleyanos el espíritu de asociación y de recíproco estímulo, y esta disposición surge desde la juventud. Gente joven y de la modesta clase media fundó los dos clubs más importantes de Chiclayo cuyos nombres, como lemas, denotan la mucha virtud cívica que encierran: el Instrucción y Recreo y el Unión y Patriotismo. El tiempo no se pierde en liviandades: a cada paso, al lado de la distracción honesta surge el ideal fecundo; el deseo de superación.

Con hombres así se comprende lo lejos que puede irse.

Y si de los hombres pasamos a contemplar el territorio, hay para soñar, como soñó el insigne lambayecano que situó en la irrigación y colonización de la costa, y principalmente de esa espléndida tierra de promisión, el porvenir del Perú.

Ese sueño tendrá que realizarse; porque se trata de 200,000 hectáreas que pueden ganarse al cultivo; porque el suelo de esa vasta extensión es de superior calidad; porque la población agrícola establecida en sus proximidades es una de las más numerosas del país; porque su contacto con nuevas fuentes de producción en la tierra es más fácil; porque la transición entre la sierra y la costa es menos abrupta y da lugar al más fácil intercambio de poblaciones y de costumbres; porque los recursos naturales son más variados y porque la reunión de los acuíferos en un solo sistema común es más factible.

¿Se dirá que repetimos las palabras de un Director de Obras fracasado? Las grandes obras, que presuponen yerros y tanteos, no mueren por los obstáculos que encuentran a su paso. No se acabó la empresa de separar las dos Américas en Panamá, apesar de haber fracasado ahí el genio de Lesseps; ni el plan de Olmos, bruscamente destrozado, antes de reflexionar maduramente sobre sus frutos y posibilidades, ha pasado a la historia como un intento inasequible.

Lo porvenir tiene sus reivindicaciones. Día llegará en que veamos florecer el campo en esos eriazos que prometen, y a Chiclayo, convertido en un emporio. Y éste será su último éxito; el punto de partida de una nueva efemérides.

Lima, marzo de 1935.

F. Quirós Vega.
